Proso Modo

[Diario, fábulas y peripecias de Jordi Coboia, pandémico y terrestre]

Primera edición en Reino de Cordelia, febrero de 2023

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
@reinodecordelia facebook.com/reinodecordelia
https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º - pta. 24
28003 Madrid

El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Juan Carlos Elijas, 2023

Cubierta y sobrecubierta: Detalles de *Noche de carnaval* (1886), de Henri Julien Félix Rousseau

IBIC: FA | Thema: FBA
ISBN: 978-84-19124-34-0
Depósito legal: M-28890-2022

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Proso Modo

[Diario, fábulas y peripecias de Jordi Coboia, pandémico y terrestre]

Juan Carlos Elijas

Índice

Nota del editor 7

PROSO MODO

No pasa nada 11
Decamelón 113
Letras protestadas 247

Nota del editor

Desconocido y no por ello menos distinguido lector:

Habida cuenta de las recientes publicaciones aparecidas en el mercado que tienen como argumento, o bien como elemento tangencial, alguno de los contenidos o las formas estructurales que pueden ser asimilados a esta creación, me he visto obligado a redactar unas líneas testimoniales para confirmar que *Proso modo* obra en mi poder desde junio de 2020, y así consta en el Registro de la Propiedad Intelectual.

Por motivos relacionados con mi debilitada salud no ha sido posible llevar a cabo la edición, tal y como merece, hasta la fecha actual. No hay nadie que sienta este retraso más que yo mismo, pues este documento habría resultado pionero con respecto a algunos de los referentes históricos tratados. Y esto resulta imperdonable para un editor.

En acuerdo con Jordi Coboia, autor amigo y amigo autor, se ha decidido dar el texto tal y como se gestó, sin arreglos, sin actualizaciones, sin pulimientos. De eso sí puedo dar fe.

Podrá comprobarse, en este sentido, el trato en tiempo presente referido a nombres como Jean-Luc Godard, Francisco

Rodríguez Adrados o a Javier Marías, aún vivos cuando recibí el original. Descansen en paz.

Quim Argilaga

(…) he quedado
presentes sucesiones de difunto.

FRANCISCO DE QUEVEDO

No pasa nada

(…) el escritor tiene que sentir, luego soñar, luego dejar que le lleguen las fábulas; conviene que el escritor no intervenga demasiado en su obra, debe ser pasivo, debe ser hospitalario con lo que le llega y debe trabajar esa materia de los sueños (…)

Jorge Luis Borges

De esta tierra hermosa,
dura y salvaje
haremos un hogar
y un paisaje

José Antonio Labordeta

I

Quiso saber de mí. Que cómo llevaba el confinamiento. Que ahora dispondría del tiempo necesario y que no aceptaba excusas. Que esta vez no podía decirle que no. Lo tenía que hacer por nuestra amistad. Y por mí —señaló—, que me iría muy bien.

La verdad es que siempre que Quim me llamaba me apetecía hablar con él. Su verbo repleto de enjundia y optimismo dejaba tal poso de pacífica bondad en mi sistema nervioso que podía sobrevivir durante unos cuantos días aceptando la vida con cierta dosis de amabilidad, que nunca está de más.

Habíamos coincidido durante unos años en unos cursos de doctorado en ese pozo de aguas cristalinas y potables que es la Universidad a Distancia. Nos estuvimos viendo de trimestre en trimestre y aprovechábamos para compartir unos cafés, unas cañas y algún que otro sencillo menú de cuchara, muy del agrado de ambos: cuando no un cocido, unas lentejas o unos garbanzos.

Estaba muy ilusionado con fundar una editorial. Lo tenía todo estudiado. Desde las modestas instalaciones, las necesidades informáticas, los formatos, el tipo de papel, los recursos tipográficos, las imprentas que ofrecían mejor relación entre la calidad y el precio, las colecciones, la promoción, los permisos: el estudio de mercado, que se acostumbra a decir.

Yo, calladamente, le enviaba un ejemplar de cada uno de los libros que iba publicando, y, con inmediatez, se ponía en contacto conmigo y me hacía comentarios sobre el artefacto. Comentarios técnicos: la cubierta, el lomo, la tripa, la intonsura, la fuente, las dimensiones, las viudas y las huérfanas, la sangre, el gramaje, el colofón, las impares, la cortesía. En fin, esa jerga de los editores. A veces, incluso comentaba algo sobre los versos. Me gusta cómo escribes. Algún día te editaré, no te preocupes.

II

HACE ALGO MÁS DE DOS AÑOS recibí de su parte una vigorosa, como de costumbre, llamada telefónica. Tuve que comprobar si había aumentado el volumen del timbre del aparato, pues parecía sonar con mayor corpulencia que habitualmente.

—Hombre, Quim, ¡cuánto tiempo! ¿Cómo te va?

—Bien, bien. Peleando, como siempre. Te llamo por lo siguiente. Te has dado cuenta de cómo está la cosa en Catalunya, ¿verdad?

—Pues sí —le confirmé—, se ha puesto tirante, desde luego.

—Estamos ante algo histórico. Ahora es el momento —su apresurada pasión casi me permitía escuchar el bombeo san-

guíneo en sus arterias— de dar voz a todo el mundo. La palabra escrita, ya sabes. No es lo mismo la declaración verbal, la conversación de calles y cafés, que la palabra escrita. Todos mis colegas están calentando motores. Saben que hay un enorme caldo de cultivo con lo que está pasando y hay que dar la oportunidad del testimonio desde todos los puntos de vista. Saldrán muchos libros con todo esto.

Quim había establecido su empresa en un precioso pueblo de lo que desde Catalunya se conoce como La Franja y, desde el otro lado de la frontera, como el Aragón Oriental. Hay que saber manejarse con la terminología para no herir sensibilidades. Él había nacido en alguna población del Delta del Ebro, cerca de Amposta. La verdad es que nunca había ido a visitarlo, a pesar de sus frecuentes invitaciones, a conocer su negocio en Aragón.

—Lo tengo todo previsto. He dedicado una parte del presupuesto del próximo año al asunto político y social de Catalunya. Y ahí entras tú.

—¿Entro yo? ¿Qué quieres decir con que entro yo?

—Dame un libro, querido, con tu filtro.

—Pero, Quim, ¿qué dices? ¿Cómo se te ha ocurrido tal cosa?

—Porque te conozco. Somos amigos desde hace mucho. Sé cómo piensas y lo hemos hablado muchas veces. Me interesa mucho tu opinión.

—Pero, Quim, yo solo escribo versos, ya lo sabes. ¿Me estás pidiendo unos romances crónicos? De crónica política, quiero decir.

—No, no, no. Te estoy pidiendo un libro en prosa. Ya sabes que no edito poesía. Un ensayo, una novela, a tu criterio. ¿Cuánto tiempo necesitas? ¿Unos meses? ¿Cuatro? ¿Cinco?

Tras un larguísimo silencio —que si estaba ahí, decía—, contesté:

—Sí, estoy aquí. No puedes pedirme eso, Quim. No he escrito un libro de prosa en la vida. El tema no me motiva, no sabría qué contar. No tengo elementos de análisis. Ahora mismo esto es una vorágine de nervios, conductas extremas e información sobredimensionada. Y va a durar lo suyo. Aunque el Gobierno haya intervenido la Autonomía mediante el tan traído como llevado artículo 155 y dé la sensación de que nada haya cambiado, no se respira la calma por ningún sitio. Y para escribir sobre cualquier asunto, la calma es lo más necesario, digo yo.

—Lo sé, lo sé. Por eso, ahora es el momento de un análisis certero desde el minuto cero, que explique claramente lo que sucede y que sea capaz de aventurar qué pasará a corto y a largo plazo. Ahí se la juega un buen editor. Y el mejor de todos —bromeaba con la ufanidad— está llamando a tu puerta, querido Jordi. Eres mi hombre en Catalunya. No quiero hablar con nadie más. Nos la jugamos al alimón.

La jovialidad que mantiene Quim a través de los años se manifiesta en la tendencia al optimismo. Es tan resolutivo con cuanto se le presenta que con dos pinceladas resume cualquier situación, y se dispone, así, a afrontarla con éxito.

III

El día 6 de septiembre de 2017 el Parlament aprueba la ley del referéndum y el 7 la de transitoriedad jurídica. Asimismo, el 27 declara la independencia de Catalunya en forma de República e inmediatamente se aplica el artículo 155 de la Cons-

titución, votado en el Senado, y es el Estado quien asume la gestión del gobierno catalán.

Fueron los momentos en los que culminó una bomba de relojería minuciosamente armada quizás desde 2009 o 2010, desde las instituciones catalanas, con muchos ciudadanos implicados, maquinada por momentos con una previsión, si no excesivamente ingeniosa, sí suficiente ante la reacción siempre algo despistada del Estado, como si la pasividad estuviera motivada por un exceso de confianza histórico.

Desde que en 2003 el imprevisto presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, decidiera apoyar la campaña de sus socialistas en las elecciones catalanas con la promesa de respaldar la reforma del Estatut que los catalanes votaran, se inició un largo periplo del documento, que culminaría en la sentencia de junio de 2010 por parte del Tribunal Constitucional, que devolvía a Catalunya su normativa institucional con un recorte de catorce artículos de los propuestos, considerados inconstitucionales.

Momento crucial en que el político y el ciudadano estrechan su relación porque hay motivo: una causa común y un enemigo común, la de siempre y el de siempre. En julio de 2010 un millón de personas sale a la calle en señal, no solo de protesta, sino también de reivindicación de una nación y de un derecho a decidir sobre su andadura por el mundo como un estado autónomo.

Ni el Tribunal Constitucional, ni el Supremo, ni la Audiencia, ni ningún juzgado eran capaces de imaginar la cantidad de faena que se avecinaba en la siguiente década. Ni el Govern de entonces, ni el posterior, constituido a finales del mismo 2010, hubieran sido capaces de conjeturar que, una década escasa después, tendrían que hacer frente a la gestión de una pandemia que se

había llevado por delante a miles de personas, ni capaces de prever que algunos de los herederos de aquellos Ejecutivos se hallarían entre rejas, y algunos otros sin poder poner el pie en Catalunya, sin el riesgo de ser detenidos y juzgados por delitos tan contundentes como la rebelión o la sedición.

Y ahora el entusiasta de Quim, con cierta ingenuidad, me pedía que escribiera sobre el desarrollo de todo eso. A mí, precisamente, que ni tengo experiencia en la crónica política, ni en el ensayo sociológico, ni en juntar tres líneas seguidas, pues tengo hecho el callo en mi cerebro al corte sintáctico que el verso exige, con sus correspondientes metros, que difícilmente van más allá de las siete, las nueve, las once o las catorce sílabas contadas.

En aquellos momentos, auténticos profesionales de la información y de la comunicación tomaban nota con cálculo y precisión de todo movimiento, paso a paso, para servir a sus medios: agencias nacionales e internacionales, cadenas de radio y televisión, prensa en papel y digital, reporteros independientes, escritores expertos y competitivos que acumulaban, ya, apuntes para su libro futuro.

No tuve más remedio que encontrar las palabras más sinceras: Quim, ni yo puedo hacerte esto que me pides, ni tú tampoco puedes hacérmelo a mí.

IV

El viernes 6 de octubre de 2017, se dio la circunstancia de que presentaba en Madrid mi *Noche roja y tragaperras*, en la sala Alguien Siempre Algo Sí, cuando aún se ubicaba en la calle del Carmen.

No era el primer libro que daba a conocer en tal recinto, pues siempre me han tratado con excelencia. Con un aire *underground*, allí se dan cita talleres y exposiciones de la mano de Raimundo Rapá, un superviviente del colectivo El Gato, que tuvo un alcance internacional. Cuando presento libro en Madrid no junto más de veinte personas, pero así es la poesía y así yo mismo. Sin embargo, la cantidad no elude la calidad, y el ambiente que Raimundo genera nos permite una larga noche de conversaciones entre los asistentes, en torno a lo humano más que a lo divino, la creación, las formas, los conceptos, la expresión de ese demonio —por decirlo con Zweig— que nos condena a luchar con él, más que contra él.

Aquel día presentaba el libro Edgard Gomà, director de publicaciones de la editorial que se había hecho cargo del poemario. También se acercó a colaborar en el acto Eloy Prince, que cantó un par de temas acústicos, uno de ellos «*Free Falling*», en memoria de Trompeti, que acababa de morir, y que yo le había pedido, porque mi vida se resume en esas dos palabras, precisamente, una caída libre al pozo de los posos del existir.

En el fondo, el azar quiso que nos hubiéramos juntado tres catalanes en aquel momento de octubre del 17. Con los ánimos tan cargados en el país, era normal que la gente nos preguntara. Querían conocer de primera mano el testimonio directo. Por aquel entonces, Eloy llevaba muchos años viviendo en Madrid, en el duro tajo de salir adelante con sus proyectos musicales. Edgard, en Toledo, estaba llevando a cabo la ingente tarea de revitalizar la editorial con su conocida titánica capacidad de trabajo.

Yo bromeaba, porque el instinto así me lo pedía. Decía que éramos tres catalanes que, tras acumular tanta tensión, habíamos llegado a Madrid a desconectar. También bromeé

con la fecha de ese octubre del 17: un siglo después. Ha de constar que las bromas eran bien recibidas en un ambiente relajado, amable conmigo, e ilusionados todos con los proyectos culturales del Madrid de ese momento.

V

Tras haber declinado la responsabilidad de asumir la confección del libro que Quim me proponía, nuestra relación se enfrió un tanto. Sin embargo, su profesionalidad y nuestra amistad se mantuvieron por encima de todo lo demás, aunque fuera interpretando el silencio. Yo seguí enviándole los libros que iba publicando.

Si nos atenemos a que en España se publican al año alrededor de un millar de libros de poemas, solamente en lengua castellana, no es de extrañar que el número de poetas supere ampliamente al número de lectores de poesía. Si un editor confía en los versos de alguien y arriesga con una edición sin pedirle dinero, es de ley que le exija cierta disposición en la promoción de la obra, aunque sea implícitamente, no fuera a ser que se ofendieran los egos, que haberlos haylos.

Este es el ambiente que conozco y que Quim, ya un poco perro viejo, también conoce. De ahí que, con muy buen criterio empresarial, renunciara de entrada a editar libros de poemas. Cuando, de algún modo, fue consciente del cariño que le tengo, de que me había puesto realmente triste no haber podido cumplir con su generoso ofrecimiento para escribir sobre el *procés*[1] catalán, decidió llamarme por primera vez en dos años.

[1] La palabra catalana «*procés*» significa, literalmente, «proceso». En la actualidad, tiene un significado político muy concreto. Alude al proceso soberanista, o inde-

Quiso saber de mí. Que cómo llevaba el confinamiento. Que ahora dispondría del tiempo necesario y que no aceptaba excusas. Que esta vez no podía decirle que no. Lo tenía que hacer por nuestra amistad. Y por mí —dijo—, que me iría muy bien.

VI

—QUIM, ME ALEGRA MUCHO oír tu voz. La he echado de menos, puedes creerme. Mi autoestima aplaude cada vez que hablo contigo. Este carácter mío, ya sabes, con tendencia a la melancolía.

—He recibido todos tus libros de los dos últimos años, que lo sepas. Tengo notas de cada uno de ellos y te las haré llegar todas juntas y ordenaditas cronológicamente en un documento. Me han gustado mucho, he visto una progresión en tu estilo digna de estudio. Y no te lo digo por dorarte la píldora, ya me conoces.

—Venga, venga, Quim. Eres un zorro. No me vengas con esas, ambos sabemos que el elogio debilita. Te veo venir, que nos conocemos.

—Nos conocemos, nos conocemos. Y sabes que tengo algo que comunicarte. No cejaré en el empeño hasta que te saque un libro para nosotros. Conozco tus trabajos de los cursos que hicimos. Son magníficos. La precisión de análisis con la que te acercabas a todo lo que te ponían por delante me dejó impresionado. ¡Desde el poeta José Ángel Valente hasta Angélica Liddel! ¡Te atrevías con todo!

pendentista, que, mediante un conjunto de hechos sociales y políticos, se viene desarrollando, aproximadamente desde el año 2012, y que pretende la separación de Catalunya respecto de España, con el objetivo de una autodeterminación en forma de República.

—De eso hace mucho y era otra disciplina. Me costó lo mío entrar en la jerga académica, qué duda cabe, estaba oxidadísimo, pero, sin dejar de pensar que eres un exagerado, reconozco que me volqué intensamente. Lo hice con mucho amor a la literatura de los autores y a las ideas que contenían sus obras. Eso sí.

—Siempre estás igual, quitando importancia a lo que haces. Pareces un personaje de Valle-Inclán o de Luis Mateo Díez, gris y con la soga al cuello que tú mismo diriges, entre el ¡so! y el ¡arre!: Lucky y Pozzo en una sola persona. ¡Toda la harina es del mismo costal, *mon ami*! Escúchame con atención lo que voy a decirte. Olvidemos lo pasado y retomemos el tema.

—¿El tema? ¿Qué tema, Quim? ¿En qué líos te quieres y me quieres meter?

—¡Déjame explicarte! ¡Lo tengo! Voy a luchar contra viento y marea en esta difícil situación de alarma mundial. He hecho números. Más de la mitad de los editores nos iremos al garete con la crisis económica en la que ya estamos y de la que muchos no podremos salir. Voy a arriesgar buena parte del presupuesto que me queda en el Proyecto Confinamiento.

—Te veo venir, Quim. Otra de tus grandes ideas. Te gusta ducharte en mitad del océano, con la tormenta descargando sin compasión. Dime, dime.

—¡En efecto! ¡La gran competición! ¡El gran libro del confinamiento! ¿Qué dieron los autores tras tantos días sin salir de casa? ¡La solidaridad! ¡El malestar! ¡El tedio! ¡La desazón! ¡La ansiedad! ¡La reflexión! ¡El nuevo mundo del pensamiento! ¡La intrahistoria! Esas pequeñas cosas, esos detalles de la familia, de la soledad, de la muerte masticable.

—Eso es. Y ahora me dirás que has pensado en mí para que…

—¡Efectivamente! ¡He pensado en ti!

—… pero, ¿otra vez? ¿Quién soy yo para estas labores? Me tienen absorbido las videoconferencias, el trabajo telemático, las lecturas postergadas. ¡No soy capaz de ponerme al día ni con las lecturas de los amigos! Invierto más horas que cuando estaba físicamente en el trabajo. ¡No sé escribir prosa, Quim! ¿Cómo quieres que te lo diga?

—No empieces. Tú hazlo. Cuando lo tengas, ya veremos.

—Pero, Quim. Te vas a volver a disgustar conmigo y yo no quiero eso. Vuelvo a repetirte: ¿Cuántas personas crees que ahora mismo están redactando su diario del confinamiento? ¿Cuántos célebres escritores no están buscando ya un editor? ¿Cuántos no han comprometido ya su obra e incluso han recibido unos adelantos? ¿Cuántas novelas se hallan ya en la última fase, con el asesinato casi resuelto? Por favor, no me atormentes.

—¡Jordi!

—¿Cuántas historias reales como la desgracia misma están siendo publicadas en las redes? ¿Cuántas firmas ilustres se han comprometido ya con un contrato para dar muestra de su confinamiento, sus experiencias, sus lecturas? ¿Cuántos no habrán abierto ya un capítulo en sus memorias para dejar constancia de estas circunstancias y declarar que ellos también participaron de la Historia?

—¡Jordi!

—Todo el mundo que se ha dedicado a esto toda la vida está creando.

—¡Jordi! ¡Escúchame!

—Leo las enternecedoras reflexiones de los adolescentes que no han escrito nunca cuatro párrafos seguidos y encuentro una verdad que ni yo mismo soy capaz de superar.

—¡Jordi! Quiero un libro tuyo. No me puedo morir sin editarte, como siempre te he dicho.

—No solo ni me lo he planteado, sino que precisamente mi fortaleza está en las conversaciones con los amiguetes, tan antagónicas de lo que dices. Nos hemos reído de todos aquellos que se van a poner a escribir como locos estos días. He hablado con editores de poesía y les he dicho que se preparen, que en ocho meses van a tener las salas de espera a reventar con manuscritos y manuscritos, de esos tan especiales cuyos perpetradores entran en tu despacho y te dicen: Buenos días, le voy a sacar a usted de la ruina.

—¡Pues nos arruinaremos juntos! ¡No se hable más! ¡No me puedes volver a fallar! Tómate el tiempo que quieras.

—Sí, claro, Stephen King ya lo está puliendo, Peter Handke ha resucitado la hoz y Bob Dylan se les ha adelantado con un poema recitado durante quince minutos.

—¡Hazme algo internacional! ¡Lo traduciremos, si es necesario! ¡Piensa que España, Italia y China tienen preferencia en todo esto!

—Estás como una cabra, Quim.

—¡Pero estoy!

—¿Qué tal la familia?

—¡Confinada y harta de mí, como es de suponer!

—No me extraña. Salúdala de mi parte. Eres encantador. Mi autoestima aplaude como una foca excitada cada vez que hablo contigo.

VII

Dedicarse a escribir prosa, dentro de lo que más o menos se conoce como de ficción, es un complejo ejercicio del que solo puedo hablar como esporádico lector, y por intuición.

No tengo claro que se haya de partir de un género preestablecido. Pienso, intuyo, que hay que saber escuchar el rumor de la historia que se crea en las profundidades de lo insondable, localizar su origen, y observar cómo poco a poco se hace sitio en busca de la superficie hasta que reclama, guiada por la belleza de la sabiduría, ser escrita.

Esto, de algún modo, pasa con el poema. Sin embargo, las posibilidades de que se disemine hasta la pérdida son menores, ya que la connotación le es propia y no debe contar una trama que sucede, ni otras tantas peculiaridades que exige el poner en pie a unas personas creadas a partir de las palabras. Habitualmente se las conoce como personajes, con ese sufijo que siempre me ha sugerido un tono de desprecio.

VIII

Lenguaje. Es, como siempre, el secreto tan visible. El escritor de historias ha de ser los otros. No es suficiente escribirlos. Ha de serlos. Amar el lenguaje, con mano dócil y al mismo tiempo severa, es el primer paso para que la historia, amansada y a la vez rebelde, empiece a dejarse contar. Es una cuestión de respeto. Afecto y servicio hasta el agotamiento.

De alguna manera categórica intuía que, si quería seriamente zambullirme en el océano de la prosa, debería abandonar el poema. No sirven los mismos métodos para la organización de un sólido cosmos donde todo fluya para que, con el tiempo, todo permanezca.

Desde hacía unos meses había notado que el poema, intuyendo la traición que se cernía sobre él, me estaba dando largas, como una criatura despechada y celosa, infantil y propensa al berrinche.

IX

Este relato se inició en la medianoche de un martes, lunes en Canarias, bajo aquellas apocalípticas circunstancias que vivió el planeta durante el confinamiento de la población a causa de la última diezmadora pandemia. Nunca tendría que haber adquirido el compromiso que me propuso Quim, pero aquí me hallo, sin haberle confirmado que me iba a poner con sus manías.

Quien toma la decisión de someterse al reto de prosificar debe tener bien claros los motivos. Es lo primero que debe hacerse. Y así yo, en este 2020. He sabido ver que las musas, todas, que dictan el poema, han decidido ausentarse de mis noches de inspiración. Así es: Erato sacó la escoba y descargó sobre mis riñones su furia escobazo tras escobazo, mientras el resto —Calíope, Euterpe, Polimnia, incluso la trágica Melpómene— la azuzaban a quijada batiente, coreando eufóricas cada bastonazo.

En tales circunstancias, digamos que acudí forzado, humillado podría decirse, a este prosaico mundo de vulgar realismo, tras casi un cuarto de siglo dedicado a transitar desde la oscura selva de los símbolos a las sencillas bahías de la claridad.

No es menos cierto que mis logros en el dominio de la poesía habían resultado muy menores, pero también es verdad que siempre me mostré incansable en ese aspecto, sin desfa-

llecer, de noche en claro y de claro en noche, asediando el último poema, previendo el alma de la dicción absoluta, el unicornio, ya sé, de lo aún no conseguido. He ahí el alquimista que todo poeta —estoy por excluirme, y bien haría— lleva dentro, el lenguaje que espera con sus fauces abiertas para encontrarse con la inteligencia y sus constantes vitales.

Y así, por sorpresa, me hallo en el medio del camino de esta vida de la literatura, quizás la única con sentido en mi escasa ya vocación de existencia, abocado a encadenar párrafo tras párrafo un asunto que deba resolverse en sí mismo.

X

A DECIR VERDAD, no es la primera vez que me sumerjo en el territorio de la narrativa, ese género de los pensamientos transitorios, esa especie de segunda residencia de las cavilaciones de la ficción.

Otros intentos hubo, hace ya tantos años. Cuando uno es joven pretende ingenuamente crear un minifundio en el canon más o menos establecido, otra vuelta de tuerca a la tradición, una merecida migaja. Mi revolución consistía, quiso consistir, en crear el pangénero, la solución condensada de todos los géneros en uno. Aún recuerdo el título: *Diarionovelo epilírico dramatizado*. ¡Qué candor!

Con el tiempo y las lecturas he pensado en ello en ocasiones. Quizás a raíz de haber conocido la *Epilírica* de Miguel Labordeta. Recuerdo un verso del aragonés: *Pisotead mi sepulcro también*.

También cuando era poeta —vamos a empezar a hablar así: a las penas, puñaladas— creé dos movimientos, no sin cierta

ironía despectiva y petulante, con manifiestos incluidos, como merecen estos asuntos. Se trataba de la Poesía Postafterpunk y de la Poesía de la Inexperiencia. El logo del manifiesto de esta última era una ele mayúscula blanca, impresa sobre un rectángulo vertical y verde, como el que llevan los automóviles de conductores noveles durante el primer año. Menos mal que no llegaron a triunfar, porque si no, tendría ahora que capear con los enormes problemas que ocupan a los fundadores de los movimientos poéticos consolidados. Es toda una suerte que los responsables del canon no consideren a jóvenes advenedizos. No pueden ni deben permitir el asalto a la grieta. Aunque a veces, y a pesar de su opaca solidez, se les cuelan kamikazes intratables, como es el caso de Roberto Bolaño.

La novela no es otra cosa que un intento de perpetuación de las posibilidades de comportamiento que alberga la condición humana.

Ya Eurípides, ya Sófocles, habían dado con alta solvencia lírica el asunto trágico que sacó de su realidad a quienes decidieron ejercer de espectadores: eso era, querida Melpómene, la poesía, la voz que, como infumable turba de engreídos, a ti debimos, y que va sacando pecho por una sinestesia de medio pelo.

Y de ahí —que me perdone Erato por las faltas contra ella cometidas y de las que aún no soy consciente, aunque seguramente se hallan en mis torpes versos—, de ahí a Horacio y a Florencia. Tras el Dante y Paco Petrarca —así me gustaba llamarlo en mis noches de insomnio en busca del verso en el azogue, por comprobar si la familiaridad conseguía el prodigio de que se me pegara algo— todo llegó a su final. La rehabilitación trágica de quien escribiera *Hamlet*, la conciencia de

Eliot, el laberinto lingüístico de Wallace Stevens y la metáfora de Lorca. Entre tales límites caben, estimada Erato, todos cuantos nombres quieras salvar después del Trecento.

Por tal motivo pienso que más allá de estas variantes trágicas y líricas, no hay mucho más que me interese, si no es en dosis menores, en extractos al mismo tiempo convenientes y luminosos. Se podrá celebrar el estilo, la manera de contar la historia una y otra vez, cierta originalidad pretendida, el dominio del lenguaje, el canto histórico, la innovación técnica. Pero poco más. A no ser que estemos hablando del hermano Lobo Antunes o de Thomas Bernhard, claro está.

XI

Y POR AQUELLO de que no hay que prolongar lo inevitable, sucede que, en pleno confinamiento, despierta la primavera. De momento estoy teniendo cierta suerte, sumada a las severas precauciones. En primer lugar, porque voy salvando la vida, ya que soy una de las personas de alto riesgo, habida cuenta de mis dolencias pulmonares, contraídas por mi mala cabeza. Hoy mismo leo que la nicotina protege del virus. Vaya, me he dicho, siempre hay una mínima dosis de esperanza entre tanta catástrofe. Ha sido la mejor noticia del día. Mañana dirán que es falsa. Aprovechemos el momento: *carpe nicotinam*.

En segundo lugar, porque mi recinto de aislamiento resulta idóneo por el espacio, y permite movimientos de interior y exterior, con cierta infraestructura confortable que, para qué lo voy a negar, me crea un algo de ruborizada conciencia, ya que los muertos y contagiados se van contando por miles en tantísimos países, bajo el peso damocliano de la pandemia de

1918, que costó la vida a cincuenta millones de personas, cuando la población mundial no llegaba a los dos mil millones de habitantes. No me pidan el número de poetas que cayeron, pues no tengo las cifras.

Todos pensábamos qué hacer en lo que quedare de eternidad. Yo me dispuse a tomar las notas, las malditas notas que Quim exigía y que acabarían formando este relato que ahora presento, porque, debo reconocerlo, la escritura se había convertido desde hacía años —toda una vida— en una provocación sedante, más allá de una manera de vivir, una exigente fatalidad de la condición de vida, la broma infinita de los dioses menores, los únicos, los mutilados, los autorizados para comunicar conmigo y concederme el fastidio del esfuerzo para obtener resultados ridículos.

Si hay algo que me alienta a seguir adelante es que tengo en vilo a Quim —¡dime algo!— y no sabe que me he puesto, maño, a la obra. Y lo hago porque toda creación es una ofrenda. Y este pobre hombre merece una atención por mi parte. Quiero regalarle este defectuoso producto —probablemente quedará incompleto—, para poder decirle: lo intenté, querido, pero hasta aquí he podido llegar. No sé seguir. Estoy arruinado: sin poema, sin novela, sin amigo.

Quizás será el momento oportuno para que me pueda dedicar al teatro, a ver si Thalía se compadece de este despojo literario, y nos embarcamos en la gran comedia del fracaso.

Soy consciente de que solo tengo una carta. Solo ha de haber un intento. Novelas, una y definitiva. En ella ha de caber todo, acepto el órdago. Me permitiré una sola licencia: todo, excepto lo que se eche en falta.

XII

Y SE TRATABA DE ESO, de empezar de cero. Tendremos que partir de algún elemento clásico, si pretendo que a la larga los reseñistas valoren la editorial de Quim. Íbamos a darle un buen empujón hacia la excelencia a la editorial Vianborís, en aras de la polimatía patafísica.

¿Qué tal, por ejemplo, crear un espacio mítico? Eso siempre da caché y un crítico babeará al detectar *per se* el guiño a Yoknapatawpha en un cerro de Tarragona, sin ir más lejos. Lo estoy viendo: «El autor retoma la técnica que ya emplearan los Faulkner, García Márquez, Rulfo, o el mismísimo Benet, y construye en un emplazamiento fabuloso y mitológico, con referencias mirceaeliadeanas, el devenir de los personajes, el deambular cíclico de su periplo vital, el curso de su existencia, determinados por las leyes telúricas que no les permitirán comportamientos vinculados con el albedrío liberado».

Casi que podría redactar yo mismo la reseña, y de paso la faja que ha de rodear el libro para reclamo de los escaparates, y así ya lo tenemos. Es más, puedo redactar varias reseñas con diferentes estilos para que sirvan de inspiración a los futuros reseñistas, tanto mayores como menores, y así matamos varios tiros con el mismo pájaro. *Feina feta*[2], que decimos los catalanes. La verdad es que Quim se lo merece. Habiendo sido poeta tantos años, habiendo dilapidado mi vida creativa de manera tan inútil —concretamente, la vida física está más que perdida, con tanta bohemia lírica—, estoy acostumbrado al ninguneo: el ego aspirante a las mieles del éxito ya no existe, me da igual todo, mi único reto trata con el arte y nunca había

[2] La frase catalana completa es: «*Feina feta no té destorb*» (Trabajo hecho no estorba). Significa que el trabajo cumplido nunca está de más, siempre es tiempo ganado.

creído que prosificando pudiera uno llegar a una experiencia sublime.

XIII

Lo IRREBATIBLE hay que asumirlo cuanto antes: vivimos en una tierra de muertos. Esta condición puede relacionarse con una maldición o con una condena. Nada más lejos.

Es posible que hacia 1809, ante la invasión francesa —aquel «déjennos pasar un momento, que vamos a invadir Portugal y ahora volvemos»—, se iniciaron las obras del llamado Fuerte del Olivo, que se culminarían deprisa y corriendo en 1811, el año fatídico para la ciudad de Tarragona. Se llevaron a cabo sobre un cerro de una elevación de unos noventa metros, a un kilómetro de las murallas que dejaron como legado los muchachos de Octavio Augusto, y que aún se mantienen en pie.

Estos asuntos bélicos —un millón de muertos, *grosso modo*— son conocidos en la zona como la Guerra del Francés. En este Fuerte, sobre las ruinas del cual habitamos, se libró una batalla crucial para la toma de la ciudad. Los franceses, comandados a distancia por el sanguinario mariscal Louis Daniel Suchet, y en el campo de batalla por el general Jean-Baptiste Salme, ocuparon un mes en asaltarlo y hacerse con él.

Entre dos y cuatro mil tarraconenses, según las semanas del mes y según las fuentes, defendieron la plaza, y no más de un millar consiguió escapar de la ferocidad gabacha. Eran los regimientos de Iberia y Almería, con ayuda de algunos voluntarios, los *hermaños* zaragozanos, a los que nos une una pétrea amistad, desde que nos *hermañara* César Augusto, pocos años antes de que el Cristo naciera y entrara a saco en la Historia.

Sobre esta tierra que ahora habitamos, hace un par de siglos, se dejaron la vida miles de personas, por un asuntillo de Napoleón. Las crónicas locales, ya se sabe, realzan el sin duda valor del gobernador del Fuerte, Juan María Gámez, «traspasado de diez heridas», y los no menos audaces, el sargento Tadeo Aldea y el comandante Manuel Perales.

A veces, cuando paseo con los perros, pienso en estas hazañas mientras recorro los rincones donde tuvieron lugar los acontecimientos. Imagino cómo aquella noche de finales de mayo entraron los franceses camuflados con el relevo local, sabedores del santo y de la seña. Un asunto de ingenuidad y audacia tan increíble como, parece ser, cierto. Lo que no consiguió el asedio lo hizo la astucia disfrazada, como en una aventura de tebeo de Mortadelo y Filemón.

Mientras lanzo la pelota de goma a Leni y Luna, para que se entretengan y no den cuenta cruenta de los gatos silvestres, imagino los asentamientos del enemigo —también los del amigo, que no se diga— más allá del foso, excavado incluso en la roca, no reconocible ya en todos los tramos.

Mientras me devuelven juguetones la pelota, estorbándose entre ellos, compitiendo por impedir que el otro sea el vencedor, recreo las noches al raso, las cureñas que arrastraban los cañones, las guardias, los parapetos, las tiendas de campaña donde los franceses organizaban el asalto esperando siempre las órdenes definitivas del sanguinario Suchet, asentado a unos diez kilómetros.

Creo conectar con la respiración de la ciudad en aquellos momentos, una ciudad que dispondría de diez a doce mil habitantes, y que alcanzó los cuarenta mil con la llegada de refugiados de diferentes emplazamientos. Fue sitiada y cruelmente

ocupada durante dos años por los *enfants de La Patrie*. El sanguinario Suchet había iniciado la ocupación con un saco de tres días, y tuvo que interrumpirlo porque no quedaban vivas ya ni las cucarachas.

Transito por el contorno de lo que fue aquella construcción militar, reconstruyo con la imaginación el llamado caballero o fortificación principal, los baluartes norte y sur, avanzo por el Camino de Ronda que comunicaba oriente con poniente, hoy día una estrecha y reparadora senda para discurrir relajado y pensativo. Nos acercamos al codiciado corazón oscuro de la fortaleza de entonces, el objetivo de ataque y defensa de todas las estrategias militares desplegadas sobre los planos de Suchet y en el campo de batalla: el polvorín, con sus ciento treinta mil cartuchos y diez mil libras de pólvora.

Saco la llave. Abro la puerta. Leni y Luna siguen mordisqueándose las orejas y las patas delanteras mientras corretean, sacudiéndose el uno a la otra de encima las más de las veces, ya fatigados, con la boca abierta y la lengua salivosa. Buscan los cubos de agua y escucho el chapoteo acostumbrado mientras su respiración, tras beber, anuncia jadeos de satisfacción y cansancio. Se acercan a mis pies lentamente, una vez han saciado la sed, por separado, con la cabeza gacha, como agradeciendo el paseo de costumbre, esperando la caricia de rigor. Por fin en casa.

XIV

La dedicación laboral desde el domicilio va en aumento. El teletrabajo, que se llama. El nerviosismo, el cansancio y la angustia frente al empleo van haciendo mella en las familias. Lo único que me hacía falta es haber iniciado la escritura de

estos asuntos tan dispersos que, apaleado por las musas y excluido ya de su círculo, abandonado al piélago de la prosa, me encontraba como un individuo frente al abismo, un Caspar David, un hombre a solas buscando los atributos que no encuentra, como el matemático Ulrich que hubiera perdido la noción del cómputo.

Cada día dedico más horas a los asuntos de la gestoría. Es una época en que no paro de rellenar declaraciones de Hacienda. El teléfono me requiere cada vez con más frecuencia: los ERE, los ERTE, el paso a situaciones de desempleo, el desplome de los planes de jubilación, los fallecidos recientemente. He de buscar la traducción en números de todo ello. Los epígrafes del modelo de declaración que pueden o podrán afectar al ejercicio del año siguiente. Todo son preguntas.

Nos controlan la hora de acceso a ese gerente informático que llaman aplicativo. Nos encontramos con un volumen de trabajo cada vez mayor. No les sirve el horario establecido. Siempre se necesitan más horas diarias de las que invertíamos físicamente cuando asistíamos a la oficina.

Paso por delante de la habitación de mi hija. La puerta entreabierta me permite verla de espaldas, ante el ordenador, en plena actividad telemática. Se ven los rostros de quienes están conectados hablando con ella. La saludo. Buenos días, Paula. Hola. Mira quiénes están aquí. Los conozco, claro, tres amigos suyos, de cuando estudiaban el bachillerato, con los que no había perdido el contacto. Más bien al contrario. Habían pasado muchas veces por casa. Me acerco a la cámara y me dirijo a ellos.

—Hombre, ¡qué alegría veros! ¿Cómo lo lleváis?

—Eh, Jordi. Un poco aburridos. ¿Te hacen currar? —Julià es el primero en responder.

—Ya te digo. Más que antes. Son unos criminales.

—Hola, Jordi.

—¿Qué tal?, Andrea. ¿Y tus padres?

—Se suben por las paredes. Están en Manchester. Ahora sí que se han convertido en unos auténticos Roper, como siempre les llamas tú. No hay quien los aguante, salvo ellos, el uno al otro.

—Es lo que tenemos los padres, que no hay quien nos aguante.

—¡Jordi!

—A ti sí que hacía tiempo que no te veía, Laura. ¿Cómo vas?

—La Física me trae de cabeza. A ver si nos relajamos un poco con esto.

—Ya. ¿Y qué hacéis, exactamente?

—Nos hemos apuntado a un taller de creación literaria —refiere Paula.

—¿Cómo?

—Sí. Lo lleva una amiga de Julià. Practicamos técnicas narrativas.

—¿Técnicas narrativas?

—Sí. Cómo narrar, describir, los diálogos, los pensamientos, cómo estructurar las piezas. Llevamos cuatro sesiones.

—No me habías dicho nada.

—No tiene ninguna importancia. Es un pasatiempo. Aprovechamos para vernos y reírnos un rato al mismo tiempo que trabajamos en algo creativo. Luego está chulo cuando leemos lo que hemos hecho cada uno. Mira, ahora se conecta Francina.

—Buenos días, queridas y querido.

—Hola, Francina.

—Buenos días. ¿Qué tal?

—¿Qué tal?, Francina. *Morning*! Ya llevamos un rato por aquí.

—A ver. ¿Preparados? Hoy vamos a trabajar la descripción.

—Adiós, papi —escucho, en voz baja, y entiendo que debo ausentarme.

—Ya. Bueno, bueno. Que lo paséis bien.

Me dirijo a la habitación contigua a la de Paula, donde acostumbro a trabajar. Me espera el aplicativo. Cincuenta y dos expedientes para revisar. El día se presenta cuesta arriba. La descripción. Es lo más antipódico que un poeta se puede echar a la cara. ¿Cómo se trabaja la descripción? La descripción se da por supuesta. ¿O soy yo el que la da por supuesta? Reviso mis notas y ¡ni una sola descripción! Pero, ¿esto qué es? Si Quim se fija en las descripciones, estoy perdido. Lo voy a defraudar.

Los expedientes esperan y el temporizador que vigila mi conexión empieza a ponerme nervioso. Si abro la puerta puedo oír algo de lo que está diciendo Francina: La descripción, desde mi punto de vista, es lo más importante de un relato.

¡Lo más importante!

XV

VIVIMOS EN UNA TIERRA de muertos, no hay duda. Quinientos granaderos preitalianos, a las órdenes de Camillo Vacani y Antonio Lissoni, contribuyeron notablemente a la toma del Fuerte. La contienda acabó como de costumbre, cuerpo a cuerpo, alla-

nando el terreno hasta que la entrada en escena de las huestes del general Jean Isidore Harispe culminaron la victoria de los de La Patrie. Los defensores esperaron en vano la intervención de las tropas de socorro, pero los ingleses, cuya flota varada a una distancia prudencial del puerto esperaba el desarrollo de los acontecimientos, se hicieron los suecos —por emplear el gentilicio ejemplar y adecuado a la situación y a su conducta— y el mariscal marqués de Campoverde dijo que iba a por tabaco y a ver si encontraba a alguien que pudiera echar un cable, pero no volvió, perdido por los andurriales de Villadiego.

Y así José María Gámez, el gobernador del Fuerte, y el sargento Domingo López defendiendo la plaza, sin otro remedio que la última heroicidad. El gobernador de la ciudad, Juan Senén de Contreras, acabó rindiéndola un mes después, a finales de junio. De haberlo hecho antes, quizás hubiera evitado la pérdida de muchas vidas civiles, pero la ambición militar tiene muy poco en cuenta a la población desgraciada que no dispone de posibles para poner pies en polvorosa, o en espumosa marítima. Disponía de la información necesaria, se enteraba de todo más de lo que parece, y más de lo que su apellido sugiere. Aun así, fue capturado y, prisionero, llevado a Francia. Al fugarse del recinto donde los de La Patrie lo tenían preso, un año después, en 1812, se dice que deambuló por Europa, disfrazado, hasta que pudo regresar e incorporarse de nuevo al asunto militar. Una curiosa biografía. En la Tarragona actual tiene calle y es tratado como un héroe, pero su actitud profesional para con la ciudad en ese momento, sus decisiones que costaron vidas inútilmente, es puesta en duda por algunas voces. Habría que hablar largo y tendido con el amigo técnico Josep Orós, que lo tiene estudiado.

De todos estos asuntos, que van a dar al mar de la Historia, hay uno que se desvió y permanece en el lecho de la leyenda. Es sabido que el general Jean-Baptiste Salme perdió la vida en la contienda del Fuerte del Olivo. El sanguinario Suchet optó por enterrarlo bajo los arcos del acueducto romano de les Ferreres, cuya denominación popular es la de Puente del Diablo. Se dice que su corazón fue embalsamado y su espíritu, por fin, dio el visto bueno y se dispuso a descansar en paz mientras toda clase de especies de gusanos, lombrices, y otros muchos tipos de invitados, se daban el festín de rigor con sus carnes, y con todas las demás que allí fueron soterradas. No hay mayores entusiastas de las guerras que las familias de los anélidos que viven bajo la superficie, todo hay que decirlo. Son acérrimos enemigos de las incineraciones.

El caso es que, una vez ya reposaba bajo los restos del acueducto que conducía las aguas a la ciudad, el sanguinario Suchet decidió trasladar el corazón embalsamado al monumento funerario de los Escipiones, mucho más ilustre y céntrico, desde luego, en plena vía Augusta, la N-340 de hoy en día. Debió de pensar el sanguinario Suchet que los honores eran mayores: los Escipiones, los primeros romanos en alcanzar la ciudad que llegó a asumir una población cercana a los cuarenta mil habitantes, doscientos años después de que el Cristo saliera *inritado* de la Historia.

Parece ser que el traslado del corazón, dejando el resto de los restos bajo el acueducto, no satisfizo a Salme o a sus gusanos, pues de todos es sabido que los gusanos del actual El Olivo nunca se han llevado bien con los gusanos de carretera. Es un ejemplo más de la eterna polémica entre los bichos de monte y los bichos de ciudad, fábula que ha sido explotada

con recurrencia literaria, tomando como ejemplo los mures o ratones en repetidas ocasiones.

Por tal razón se dice que el espíritu inquieto del general Salme aún no ha descansado en paz y cada 29 de mayo vuelve a El Olivo con ánimo escasamente amistoso y siempre lía alguna. Generalmente —nunca mejor dicho—, afecta a asuntos mecánicos: se fastidia una lavadora, una farola, una caldera, se revienta una tubería, desaparece por unas horas la conexión a internet, las televisiones entran en una fase de interferencias —la señal parece seguir los pasos del marqués de Campoverde—, alguna desbrozadora gira al revés, nada que no pueda interpretarse como un aviso de su presencia fácilmente reparable, y que no puedan cubrir, incluso, algunas pólizas de seguros.

En otras ocasiones los daños son de carácter maligno, pues, si el espíritu de Salme torna soliviantado, puede conjurar una venganza mayor. Dicen que su poder para convocar a las criaturas subterráneas es magnífico. Se han visto casos de termitas violentas que en muy poco tiempo han conseguido tirar abajo alguna casa de manera inexplicable, por la velocidad inusual que ha adquirido el proceso.

XVI

Según como se mire, también tiene razón esta Francina. Las descripciones son importantes. Pero ¿lo más importante? Durante la cena —como quien no quiere la cosa— he preguntado a Paula:

—Oye, ¿cómo es que son tan importantes las descripciones en un relato?

—Francina dice que en la descripción se puede observar la huella de los maestros. Es como un bisturí, dice. Con trazos certeros, sugerentes, fugaces, se ha de conseguir captar el alma y el físico del personaje descrito. O de un paisaje. O de un objeto. Si no eres capaz de describir con solvencia, mejor que te retires, dice.

—Ya. Como un retrato.

—Sí, pero sin cansar al lector. Sorprendiéndolo. Que celebre el logro mientras lee. Ahora estamos leyendo las nuestras. Andrea es una *crack*. Lees la suya y parece que lo estés viendo.

—Sí, sí.

—Francina dice dos cosas básicas: una descripción ha de mostrar los rasgos físicos y psíquicos como esas caricaturas de famosos que pintan los retratistas callejeros, pero sin intención, en un principio, humorística. Que, ¡a ver!, no la excluye tampoco. Pero no todas las novelas son cómicas.

—Claro, claro. ¿Y cuál es la otra cosa que dice Francina?

—Ah, sí. Es verdad. ¡Qué atento estás!

—¡Luego os quejáis de que no os escucho!

—Dice que nos pensemos bien lo que escribimos, pues una vez avanza el relato, ya no podemos retroceder a cambiar muchos detalles. Una cosa es pulir cuatro sinónimos y dos comas, y otra cambiar la estructura e introducir elementos olvidados. Dice que perderemos la magia que el relato en sí encierra. Serán parches que a la larga afearán el resultado y perderá vigor.

—Ya. Joder, con Francina. Un poco dura, ¿no?

—Estas dos condiciones fundamentales son muy importantes. La verdad es que motiva.

—Ánimo, ánimo.

¿Cómo he podido pasar por alto las descripciones? Seguro que se trata de una tara que arrastro de la poesía. La poesía descriptiva no tiene glamur, claro. Si te pones a escribir poesía, no vas a desperdiciar versos describiendo.

Y lo peor es que ahora no debería volver atrás. No quiero que se pierda la magia. Si no, ya ves: me pongo a describir un poco, lo añado y ya está. Pero tiene razón Francina, quedaría un parche insalvable.

ME QUEDÉ un par de días sin poder continuar. Me había tropezado con un escollo importante. Pasé dos noches durmiendo muy mal. Tuve hasta pesadillas. Francina se presentaba en una gran pantalla, apartaba a los muchachos y decía: «Dejádmelo a mí: Las descripciones son el todo».

Me desperté sobresaltado en plena madrugada: «¡El todo!» Una cosa es ser lo más importante y otra bien diferente, ser el todo. Mi experiencia como prosista hacía equilibrios, funámbula, por el cable del fracaso.

XVII

ME LEVANTO MUY TEMPRANO y me acuesto muy tarde. Combinar el trabajo telemático con estos sucesos que voy redactando resulta agotador. No saco adelante la faena: ni las declaraciones de renta, ni las prosas engarzadas. El hecho de escribir los lances de modo tan caleidoscópico no lo he decidido. Una fuerza interior me ha llevado a ello. Quizás conducido por mis condiciones de dedicación. No sé cómo, pero estas sucesiones, o quizás prosas caleidoscópicas —prosos, tal vez sea su nombre exacto—, han ido presentándose así, y me limito,

casi como un visionario, a transcribir, a falta de musas, el dictado de la energía que genera esta fiebre de referir los sucesos.

Entre bienes patrimoniales y principios de devengo, entre bases imponibles y cuotas diferenciales, he recibido una llamada de Quim.

—Jordi, buenos días. ¿Cómo lo llevamos?

—No paro, la verdad. Ahora es cuando más trabajamos nosotros y no doy abasto. El jefe ya me ha dejado caer un par de veces que voy algo lento, y tengo unas ojeras que me llegan a los pies.

—Vaya, hombre.

—¿Cómo estáis?

—Bien, bien. Marisa se ha puesto con la huerta y le sirve de distracción. Las niñas, entre los deberes que les ponen los maestros y los jueguecitos de la videoconsola, no se aburren. ¿Vosotros?

—Pues bien, Paula está aquí. Pudo volar el día antes de la declaración del estado de alarma. Y la madre, pues ya te puedes imaginar. Teniendo a su niña aquí, feliz. Yo soy el más ocupado, desde luego.

—Bueno, bueno. Con lo que me dices, supongo que ni por asomo te habrás puesto a pensar lo que habíamos hablado.

—¡Uy! No. ¡Qué va! Cuando pase todo esto y, si no te has arrepentido y no encuentras a nadie, volvemos a hablarlo.

—Ya. ¿Que no tengo a nadie? ¡Madre mía! ¡Si vieras la bandeja de entrada de Vianborís! Si es que, en el fondo, te llamo por eso.

—Ah… Ya… Entiendo. Te han llegado buenos trabajos, ¿verdad?

—Bueno, hay de todo, hay de todo.

—Lo que yo quería preguntarte y el motivo principal de mi llamada, aparte de saber de vosotros, es si conoces a un tal Iván Díaz Sancho.

—Hombre, pues sí. Ya lo creo.

—Está en Tokio, ¿verdad?

—En Kioto.

—Eso, en Kioto.

—¿Lo conoces mucho? Es que me dice que es de Tarragona, y me he dicho: voy a llamar a Jordi.

—Sí. Sí. ¿Por qué lo dices?

—A ver qué opinión te merece.

—Hombre, tiene un par de libros de poemas que se aguantan bastante bien. El último se titula *Me como un ruiseñor*, o algo así.

—Curioso título. Es que me ha mandado un manuscrito.

—¿Ah, sí? No sabía que escribía prosa.

—Sí. Es una novela.

—¿Y qué tal?

—Hombre. Es una impresionante ida de pelota entre futurista y simbólica. No está mal del todo. Pero se le advierte un narrador con prisa por narrar, y eso nunca es bueno. Llega con el camión, levanta el volquete, descarga y va a por más. Ya me entiendes.

—Ya. Una cosa, Quim. ¿Tiene muchas descripciones?

—¡Ahí está la clave! ¡No tiene muchas! ¡Y es lo jodido!

—¿Lo jodido?

—Sí, claro. Las descripciones son lo más importante.

—…

—¿Jordi?

—Sí. Te oigo, te oigo. Está claro. Y no solo son lo más importante. Yo diría que son el todo.

—¡Exactamente, querido Jordi! ¡Las descripciones son el todo! ¿Ves como dominas la técnica? ¡Somos almas gemelas!

—El tal Iván Díaz Sancho era un chaval cuando lo conocí. Un tipo larguirucho y barbilampiño, como una reencarnación posmoderna de un personaje del Greco. De profundas cuencas, en el fondo se adivinan unos tristes y despiertos ojos lánguidos y azules. Su largo talle y la acentuada nariz hacen del poeta cifrado todo un uno. La anatomía y la aritmética en conjunción astral. Ahora, con los años y su dilatada estancia en el Japón, se han samuraizado sus rasgos. Su ya destacable alopecia y su mirada en consenso con el tiempo, lo han transformado en un pensador amable, con tendencia al juego y a la risa, como si hubiera decidido definitivamente no abandonar del todo la infancia.

—Joder, Jordi. ¡Qué virguería! ¡Eso es una descripción como Dios manda! No hace falta que te explique más. Seguiremos hablando de lo nuestro.

—Ya veremos, ya veremos.

—¿Sabes qué es lo que más me ha gustado del manuscrito?

—Dime.

—Que, en el fondo, se trata de una alegoría de lo que te había pedido la primera vez.

—¿De la situación en Catalunya y todo eso?

—¡Exactamente!

—Pues, ya sabes…

—Sí, pero no es lo que yo buscaba. Ya me conoces. Quiero un lenguaje claro, Jordi. Ya sé que la sencillez es muy difícil

de conseguir, pero yo quiero eso. Gente sencilla que hable del tema y que su opinión sirva para que los lectores analicen y puedan identificarse o aceptar diferentes maneras de ver las cosas. El otro, ya sabes. Lo hemos hablado muchas veces.

—Sí. Al final, ¿a quién publicaste?

—Lo hubieras sabido, desde luego. No encontré a nadie que cumpliera con lo que yo tenía en mente. No llegué a descubrir a mi hombre en Catalunya. O a mi mujer. Leí varias cosas, pero no.

—Lo siento.

—Nunca se sabe.

—Ha traducido cuentos también.

—¿Perdona?

—El tal Iván Díaz Sancho. Del japonés al español. Un par de libros.

—¡Ah! Sí, sí. Lo dice, lo dice.

—Para la traducción del japonés sí es una especie de mago. Akutagawa Ryūnosuke corre en castellano con ritmo delicioso en sus manos.

XVIII

Se da, por ejemplo, la circunstancia folclórica de que cada 29 de mayo se rinde un homenaje a los defensores de la fortificación. Una oportunidad menor para que los políticos acudan a decir cuatro palabras, secundados por gentes del partido, para que los dirigentes no se encuentren solos. En fin, un acto para hacerse la foto y que quede constancia de que las cosas históricas de la ciudad son de una gran preocupación en la dimensión cultural. Un asunto provinciano no exento total-

mente de la consabida caspa local que impregna estos acontecimientos, extendidos por todo el mundo, y de los cuales nadie tiene la culpa de que no sea de otra manera. El acto es culminado por una recreación de las Milicias Urbanas que había fundado el general Enrique O'Donnell en 1810. Se presentan émulos de soldados *amateurs* pertrechados con los uniformes de época minuciosamente reproducidos, así como las armas reglamentarias, y, tras una exhibición de la instrucción, disparan unas salvas de fogueo dirigidas a levante.

En cierta ocasión, un viento congelado, extrañísimo para la época del año de la que hablamos, dejó a los asistentes con una inquietud preocupante. Acto seguido, cuando la milicia, a las órdenes de sargento Siscu Tomás —pluriempleado como entretenido e instruido, incluso distendido, guía turístico—, se disponía a ejecutar la primera salva, todos y cada uno de los mosquetones fallaron. Los milicianos se miraban entre sí, estupefactos. Cargaron de nuevo y la cosa funcionó como era de esperar.

—Esto es el Salme[3] —me dijo Bernat Altadill al oído, con la risita que lo caracterizaba, de aguda e interrumpida ronquera nasal inhalante, mientras servíamos las copas de cava y repartíamos coca y chocolate a los asistentes, cada vez más animados.

El viento helado y la paralización de los percutores fueron designios interpretados por Bernat Altadill como un ejemplo más de la presencia del espíritu del general Jean-Baptiste Salme en aquel cerro que doscientos años después no podía

[3] Respetaré, cuando se trate de texto literal, el artículo ante el nombre propio. Vulgarismo en lengua castellana, normalizado en catalán. Valga esta licencia naturalista de aquí en adelante.

librarse de un alma errante que, a juicio de algunos, reclama que su corazón vuelva a depositarse junto a su cuerpo, como es de ley.

El general Salme quiere estar en El Olivo, y eso es fácil percibirlo con cualquier güija de saldo. El Fuerte del Olivo, cuando fue conquistado por los franceses, fue llamado Fuerte Salme. Y si el hombre murió allí, pues será lógico que quiera permanecer donde perdió la vida y donde la finca llevó su nombre. Lo que no es normal es que tenga el cuerpo bajo el acueducto del Diablo y el corazón bajo la torre de los Escipiones. A mí no me extraña nada que su alma se rebele, y a ver si en algún momento de la Historia se acaba reuniendo este puzle, porque esto es un sinvivir. También, qué ideas destripadoras las del sanguinario Suchet.

XIX

Durante el estado de alarma se permitió el paseo de las mascotas. Lo cierto es que se apreció un incremento de andarines con perro por la zona de El Olivo. Aparte de los vecinos que sacábamos, como de costumbre, a los nuestros —nos saludábamos más de lejos de lo que era habitual, algunos con las pertinentes mascarillas, otros sin ellas—, nos cruzábamos con extraños, gente que no habíamos visto nunca.

Subían desde las urbanizaciones vecinas o desde otros barrios, pues ya que disponían del pretexto legal para salir de casa, alargaban el paseo.

Hay que decir que en la puerta de nuestra vivienda se incrementó el número de cagadas de chucho. Leni y Luna salían a ladrar junto a la opaca puerta a los desconocidos paseantes

caninos. Y se ve que estos, aprovechando que no eran vistos, y seguros de no poder recibir algún mordisco hospitalario, reaccionaban con la meada de rigor en la esquina de las bisagras y con una deyección añadida como respuesta, justo en la puerta de casa, ante la asquerosa pasividad de sus dueños.

No todos los amos de perro salen de casa con las bolsitas de plástico para recoger cuanto sus adoradas criaturas de compañía expelen. Luego, eso sí, una vez descansados, en el sofá de su casa, se besarán las lenguas sin ningún pudor.

La cada vez mayor afluencia de cagadas de perros ajenos en la puerta de mi casa me hacía reflexionar al respecto, mientras tiraba de manguera, con guantes, con un recogedor y una escoba, desechados de antemano para el interior de la vivienda, dedicados exclusivamente a tales menesteres escatológicos. Como es sabido, debía esperar un par de días para recoger las plastas, pues la mierda seca es más manipulable. Si se intenta mientras se encuentra fresca, recién cagada, los utensilios resultan definitivamente afectados y la pituitaria se rebela contra el cerebro por la torpeza esgrimida.

Reflexionaba sobre la personalidad de los amos. Absolvía de toda culpa al animal idiota, que, en el fondo, caga donde le dejan. A uno casi lo pillo. Me asomé cuando oí ladrar a tres perros diferentes, los míos y otro más. Oí una recriminación humana. Saqué la cabeza y vi cómo se perdía calle abajo, por la garganta del antiguo Fuerte, un tipo que movía su trasero como un paquidermo con lombrices. Cuando comprobé la fatídica sospecha de la cagada, fresca, abundante, respingona, de su bóxer jadeante, le grité: «¡La bolsita!». Se giró como si no fuera con él la cosa y le volví a gritar, más seguro de mí mismo: «¡La bolsita!». Volvió la cara y siguió su camino como si nada.

Intentaba elucubrar, como buen novelista, qué tipo de relación con sus heces mantienen las personas que permiten que sus perros caguen en la puerta de los demás, y, también, qué relación mantienen con sus mierdas las personas, en general. Esto, tradicionalmente, a los catalanes nos interesa mucho.

Habrá gente que deponga y, sin mirar, tire de la cadena del inodoro, rehuyendo observar aquello desestimable que su cuerpo expulsa. Otros deben de echar un vistazo rápido, por comprobar que todo está en orden, y activan el botón del agua purificadora. Otros se entretendrán en observar más detenidamente la expulsión, y advertir la diferencia con la de veces anteriores, recordando incluso las ingestas para evidenciar que la lógica corporal funciona. Y habrá quienes se levanten ufanos y se sientan incluso satisfechos de lo bien que se comportan en cada momento del día. Los habrá con preocupación, tanta diarrea, los habrá cromáticos y los habrá formales. Esto merece un tratado sobre el ser humano y su mierda: el *homo stercor*, por así decirlo.

Yo algo ya lo tenía estudiado. Por eso me supo mal que el paquidermo lombricero me girara la cara, no por guarro, sino por maleducado, por no pararse a debatir al respecto. La primera vez que me planteé este tipo de reflexiones fue cuando conocí a Isabel Valerio, una compañera de facultad. La gente decía que era remilgada para con los hombres, pero no era así del todo. Ella tenía una educación muy concreta. El código familiar transmitido, podría decirse, genéticamente le recomendaba conocer las mierdas de cada cual, para calibrar sus posibilidades futuras. Su comportamiento, su estado de humor, sus enfermedades, su longevidad. Eso me lo contó una noche de aburrimiento como otra cualquiera y quise creérmelo. Des-

de entonces veo a la gente de otra manera y, a veces, según sus salidas, deduzco cómo caga. También según sus poemas.

Tanto me impactó esta teoría que en mi obra dramática *Y me muero por volver*, puse en pie un personaje llamado Pantaleón Valerio, un ácido terrorista cultural, condenado a muerte, electronicocutado, por un tribunal de la Tercera República. En su boca consta un monólogo inicial que da en su celda, ante la impávida mirada de la periodista Merdeces Millón.

Cada vez que me acuerdo de tal soliloquio, imagino la representación llevada cabo por Joaquín Hinojosa en un gran teatro, entrando embutido en un mono naranja, arrastrando los pies, el público arrobado, un éxito de taquilla.

PANTALEÓN.—«Mierda eres y en mierda te convertirán», me decía siempre mi padre. Mierda caliente, mi vida; mi muerte, fría mierda. «Mierda eres, hijo, porque de la mierda vienes y a la mierda vas». Desde bien niño ando familiarizado con tales conceptos: la esencia del ser, en mi familia, fue siempre la deposición. Entre mis familiares, es cierto, hubo siempre una pasión desmedida por saber qué cagaban los demás.

Antes de autorizar un enlace matrimonial, el consejo de ancianos del clan de los Valerio necesita saber cómo jiñan aquellas personas que pretenden unir su sangre y su defección con uno de los nuestros: «No te conviene, Alfonsina, ese muchacho tan fornido de gimnasio caga blando, necesitas a alguien de carácter más recio, querida. Te lo decimos por tu bien». El consejo de ancianos, siempre siete, los siete zurullos de la sabiduría, nos conminaba a mejorar la especie a base

de cruzarnos con estirpes de enérgica zulla, de hermosa estaca campesina. De excursión al Pirineo, nos sentíamos sanos y salvajes entre las bostas de los cornúpetas, entre los mojones del pastor, entre las selectas y apretadas confituras que son las cagarrutas de las churras y las merinas.

He ahí mi mundo familiar: la boñiga. He ahí mi linaje, la pasión selectiva de las heces. He ahí mi ser, esa porción compacta de excremento humano que se expele de una vez, como el nacer, como el morir. Y pensar que es nuestra propia mierda la que nos sobrevive, que yo estaré muerto de aquí a unas horas… ¿Qué quedará sino ese picudo zurullo aún caliente que late y enseña su cuerpo recién llegado a la metafísica de la vida?
(Oscuro).

XX

—Buenos días, Eugeni. ¿Cómo va eso?

—Buenos días, pues ya ves. Poquito a poco. Voy a poner unas sandías y unos meloncitos para el verano. A ver si salen como los del año pasado. ¡Vaya pedazo de melones! ¿Cómo los llamabas tú?

—El decamelón.

—Eso, los decamelones. Vamos a ver si tenemos suerte. Las simientes son las mismas.

—Sí, hombre, sí. Ya verás.

—Ahora ya casi se pueden recoger los pequeños. En una semana los tenemos. El mes pasado puse los tomates. Mira —señalaba unos metros por detrás de donde estaba—, allí

tengo las lechugas, las acelgas y los repollos. Ahora solo riego una vez, con lo que ha llovido estos días ya es suficiente. Luego te paso unas berenjenas y algún calabacín.

—Muy bien.

—¿A tender la ropa?

—Pues sí. Aquí no se para nunca. El domingo me pongo con las hierbas, que nos van a comer.

Desde el tendedero tenía una completa vista de la finca con la que limitaba al este. Disponía de un huerto de unos mil metros cuadrados en el bancal inferior y dos casas casi juntas en la parte superior, junto al Camino de Ronda, que hoy lleva el nombre de Camino del Ángel. El Ángel era una ermita que ya en documentos de principios del siglo XIX se registra como destruida.

Las casas pertenecen a propietarios diferentes y no viven en la ciudad. Cuando llegamos —hablamos de hace un cuarto de siglo— estaban habitadas. La más alejada, por un señor que llevaba muchos años de rentista. En la más cercana —pared con pared con el tabique del tendedero— habitaba su madre, una señora muy mayor con algún tipo de problema de salud, ya que solo nos podíamos comunicar con ella con saludos y sonrisas. Emitía una especie de felicidad contagiosa. Inspiraba una sosegada piedad desde la calma de sus movimientos y la digna sencillez de sus ropas.

Cuando dejaron de vivir allí, se inició una época de vaivén de gentes que se iban introduciendo circunstancialmente en las viviendas. Los dueños habían tapiado puertas y ventanas, pero eran reventadas constantemente. Después se iniciaba la denuncia, la presencia primero de la policía para identificar a los okupantes, después la del abogado ofreciendo dinero

para que abandonaran las casas —unas veces resultaba un método eficaz y otras no—, el juicio rápido y, por fin, esa especie de desahucio por orden judicial.

La verdad es que en tantos años se han vivido muchas y diversas historias, casi tantas como para escribir una novela —ahora que ya le vamos cogiendo el gusto.

La casa más cercana a la nuestra, por ejemplo, la de la señora amable en gestos y sonrisas, estuvo habitada por una familia joven con dos niños. La presencia de criaturas en un distrito donde el número de jubilados supera al de empleados, fue celebrada. Alguna vecina, incluso, les había llevado unos juguetes por Navidad.

Nos cruzábamos en el camino, nos saludábamos, y así estuvimos durante un año, más o menos. Un domingo por la mañana, bien temprano, llamó al timbre un señor corpulento con un visible audífono. Se identificó como Mosso d'Esquadra y me informó de que en media hora aquello se iba a llenar de policías, pues estaba en marcha un dispositivo.

—¿No sabe usted a quién tiene aquí al lado?

—Pues, una familia con dos críos.

—Es el Manco.

—Ya. ¿Y quién es el Manco?

—Le falta un brazo.

—Ya imagino que el nombre le vendrá por algo. Sin embargo, hablé con él el otro día y juraría que tenía los dos.

—Es ortopédico.

—Ah, claro.

—No pasa nada. Se lo digo por si quieren ausentarse. No se sabe lo que va a durar. O si quieren quedarse, métanse en casa y no se asomen para nada.

A los cinco minutos ya estábamos camino del monte con intención de dar un buen paseo y traernos algo de tomillo para sopas e infusiones.

A la vuelta nos dijeron que había sido de película. Hubo, incluso, disparos, después de haber narcotizado al rottweiler de muy mal café que custodiaba la finca. Vino, incluso, una ambulancia y tardaron horas en llevárselo preso. Yo supuse que el Manco era un tipo listo, ágil y versado en dar esquinazo a la autoridad. Seguramente tenía un plan de fuga establecido. Había montones de piedras distribuidos a lo largo de los muros, como simulando escalones, para tomar impulso y, al mismo tiempo, marcar con exactitud el acceso a zonas libres de peligro para una evasión presurosa. Al parecer dejó verse saliendo a través del huerto, de finca en finca, y cuando todos los *mossos* fueron a esperarlo, creyendo que lo acorralaban, en la urbanización aneja, él, por alguna senda localizada de antemano, logró volver a la casa y se metió debajo del sofá. Así que, no daban crédito ante tal fuga. Todos los que formaban el dispositivo mostraban preocupación porque intuían, al mismo tiempo que temían, el rapapolvo denigrante de sus superiores.

Cuando me lo contaban aquellos abuelos, como si fueran niños, se pusieron las manos en el oído, como señalando el audífono, al referir que un *mosso* dijo: «Mirad otra vez en la casa». Y, efectivamente, tenía razón. Allí estaba. A nadie se le había ocurrido.

Sabido es que los sordos son muy desconfiados. Como no oyen bien, piensan siempre que dices algo de lo que no quieres que se enteren, o que les estás cortando algún traje a espaldas de su oído. Por eso, cuando enganchan la presa, buscan el

callo y ya no lo sueltan. Y así el Sordo con el Manco. De poder a poder.

En los días siguientes, no se hablaba de otra cosa. Me pasaron recortes de prensa donde figuraban las gestas del Manco. Con razón lo veíamos salir siempre de noche. Creíamos que trabajaría a turnos o algo parecido. Y resulta que salía a dar sus palos.

El día de Reyes se metió en una guardería y llenó el coche de regalos para sus hijos. En otra ocasión, decía el periódico, se le había perdido la pista en el Campo de Marte, un espacio relativamente cercano al monte de El Olivo. Y la más cómica fue la que contaba que se escapó de una comisaría, a pesar de tenerlo esposado. Pero, claro, el Manco es el Manco. Se deshizo del brazo ortopédico y allí quedó colgando, amarrado al banco y a las esposas, mientras él enfilaba las de Campoverde.

Imaginaba sin poder dejar de reír los comentarios en la comisaría de los compañeros del *mosso* que esposó el banco a ese brazo espurio del delincuente, precisamente a ese, y no al otro.

XXI

Empezaba a superar el trauma de las descripciones. No fue sencillo, todo hay que decirlo. El exorcismo llegó el fin de semana. Eran las cuatro de la mañana cuando un pálpito pavoroso me sacó, literalmente, de la cama. Una pesadilla terrible me acosaba con una nitidez inusitada. Solo recuerdo algo parecido cuando escribía los *Sonetos a Hunsenita*, que me tuvo en vilo durante cuatro o cinco días, sin apenas dormir. Erato se puso caprichosa y me dio una paliza tremenda: me iba ofre-

ciendo unas rimas únicas y el insomnio estuvo servido: si no le hacía caso, desaparecerían para siempre. Bastarán un par de tercetos para confirmar cuanto alego:

> Desde Donaueschingen hasta Ulm
> el tobillo lisié en la Selva Negra:
> pensamiento cojito, *ergo sum*,
>
> dispuesto a recobrarte y cargar suegra
> desde el centro de Europa hasta Estambul:
> saber que con tu madre tú, me alegra.

Cuatro de la madrugada, un café cargado y me dispuse a transcribir el insufrible sueño para dar por zanjado el asunto descriptivo. Una penitencia ineludible, una imprescindible purga.

Y así, paso a narrar cuanto me tuvo tan preocupado. Resulta que en la cantina del Fuerte del Olivo se habían reunido, por el bando francés, el sanguinario Suchet y el general Salme, y por el bando de los nuestros, el general Contreras y el capitán general Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal.

Se sentaron a una mesa minuciosamente dispuesta para jugarse la toma del Fuerte a una partida de botifarra, juego similar al tute: un tapete verde oliva, dispuesto para la ocasión, de impoluto terciopelo, varias barajas por estrenar, una botella de Chartreuse y cuatro vasos minúsculos, así como una caja de puros, que no pude precisar si habanos o filipinos, coloniales en todo caso.

Una vez sentados, se miraron con punzante desafío, y la tensión se podía apreciar en los movimientos de cada dedo, de cada naipe sobre el paño, de cada chorrito de licor que

buscaba, dulzón y gradado, el fondo del vaso para asentarse con la comodidad necesaria para el reposo.

Jean-Baptiste Salme, como una premonición, tenía una mirada de gusano que dirigía biselada a derecha e izquierda hacia sus vecinos españoles. Lucía una melena de blancas y desordenadas guedejas satinadas, y se había rociado, desproporcionado, con un perfume que absorbía los efluvios del licor. Era un tipo realmente bello, y cuando miraba al frente encontraba la inquietante mirada del sanguinario Suchet, su pareja en la partida, censora, altiva, dispuesta a no conceder ni un solo error en el cálculo. El sanguinario Suchet examinaba siempre por encima del hombro a sus interlocutores, aunque le sacaran una cabeza de altura. Se había presentado con la guerrera cargada de distintivos meritorios en el pecho, sobre el corazón, visibles por encima de la solapa, bajo caireles y alamares. Sus patillas nutridas de pelambre, escrupulosamente recortadas a la altura de la mandíbula, le daban un aspecto de bandolero elegante, muy de la época. La banda y el fajín de seda dejaban claro quién era la voz cantante de todo lo que sucediera en cincuenta kilómetros a la redonda.

O'Donnell, desde el primer momento, arrastraba un rictus de cordero degollado. Muy elegante, eso sí, con un flequillo ensortijado, culminado en dos caracoles que buscaban las cejas con la apostura del guipuchi que de nacimiento era. Se presentó, igualmente, con su banda azulada y sus medallas, pero la ternura decaída de su mirada hacía presagiar el brillo contundente de la capitulación. Y en la derrota de su rostro cándido se aventuraba también la debacle de las milicias urbanas que dio en crear, aquellos ilusionados ciudadanos que estaban dispuestos a pagarse, incluso, su uniforme.

Enfrente de O'Donnell, por eliminación, se sentó, no sin esfuerzo por su vientre acentuado, el general Contreras. Hubo que mover unos centímetros la mesa, la silla, tomar al vuelo la botella de Chartreuse para que no se volcara. Llevaba un bastón, pero no supe distinguir el tipo de cojera, si provocada por herida de guerra, por artrosis o por compensación del peso en tal tambaleante figura. Se diría, a simple vista, que no se enteraba de nada. Que ignoraba, incluso, las reglas del juego. Sobre su poblado bigote se advertía una mirada de ojos demasiado abiertos, y unos ojos así delatan el desconocimiento y la ignorancia, el no saber estar: el síntoma Campoverde, dicho de una sola vez.

Alrededor de la mesa, de pie, como jueces o testigos, desplazándose de un lado a otro en círculo, se hallaban, del lado español, el general Pedro Sarsfield, que dos años más tarde se haría famoso por la batalla de Mallén. Del lado francés se hallaba el mismísimo Napoleón Bonaparte. No se corresponde con la Historia, desde luego, pero los sueños tienen tales caprichos. Bonaparte y Sarsfield se vigilaban atentamente. Sarsfield, mirando de soslayo con los ojos casi cerrados, no le quitaba la incisiva pupila a la mano oculta en la casaca de su rival, como si esperara que en cualquier momento fuera a sacar un custodiado nueve de la manga. El nueve es la pieza clave en el juego de la botifarra y en la baraja no puede haber más de cuatro. Sospechaba que Bonaparte ocultaría alguno más en el bolsillo interior de su guerrera. Napoleón, por el contrario, veía que aquello estaba ganado. Con un leve movimiento de cabeza pareció indicar a Suchet que agilizaran, que sumaran los cien puntos de rigor cuanto antes, y que les dieran puerta de inmediato.

Mientras, los soldados franceses y los nuestros, diseminados en grupos por la fortaleza, empezaron a intimar, a compartir las botas de vino, a cantar estrofas de la patria y de *La Patrie* que los reconciliaban con sus familias, y acabaron pasándose las señas por si algún día, cuando todo aquello hubiera acabado, quisieran honrar sus domicilios con una visita en compañía de los suyos, pues estarían encantados de recibirlos y recordar aquellos momentos tan intensos, en los que fundaron su amistad internacional y una partida de cartas consiguió evitar tantas muertes inútiles. Y así la pesadilla.

La Historia nos dice que, en el último momento, el sanguinario Suchet, especialista en asedios —sitió con pericia y maña Zaragoza, Lérida, Mequinenza, Tortosa—, pidió a Contreras una tregua para enterrar los cadáveres de los caídos en el Fuerte, y este, con los ojos desorbitados sobre su copioso bigote, se negó. Con lo cual, la consiguiente y previsible orden fue quemarlos. Contreras, una vez más, no se enteraba, y empezó a popularizarse el famoso dicho, de rima gemela, en la ciudad.

Suchet embalsamó el corazón de Salme, informó al Emperador, lo trasladó al Acueducto de las Ferreres y allí quedó enterrado, tan a gustito, hasta el episodio de los Escipiones. Napoleón, al final de sus días, pensaba que, si hubiera podido disponer del sanguinario Suchet en lugar del mariscal Emmanuel de Grouchy, no habría sido derrotado en Waterloo.

XXII

—¿Qué es eso que escuchas que suena tan bien?

—Elle King.

—No conozco, no…

—*Good Thing Gone*, de un directo en Londres. Estoy haciendo tiempo hasta que nos conectemos para el taller.

—¡Ah, sí! ¡El taller! ¿Mejora la cosa?

—Cada vez está más interesante.

—Mujer, lo de las descripciones era obvio. ¿Cómo se puede permitir un novelista construir un relato sin dejar huella de su estilo con las descripciones? Las descripciones son el todo, hija.

—Sí, sí. Es lo que dice Francina. Ahora estamos con las corrientes de conciencia y los monólogos interiores y todo eso.

—¿Cómo?

—Claro. Si un narrador cuenta solo lo que ve, por muy original que sea, acabará siendo aburrido. Por eso, dice Francina que, desde hace ya más de un siglo, los novelistas se plantearon dar autonomía a los personajes con estos recursos.

—Sí, claro. Eso es Faulkner. Pero, no me lo había planteado…

—¿Cómo?

—Faulkner, digo.

—De ese no nos ha hablado. Dice que el inventor fue un psicólogo o así…

—Ya.

—Será William James o alguno de esos.

Rendimiento del trabajo. Rendimientos del capital mobiliario. Todo esto resultaba más o menos mecánico. El problema se presentaba cuando había que llamar a los clientes para obtener detalles que no constaban en su borrador de la declaración de la renta del ejercicio 2019, al que la empresa me había permitido acceder.